

DON ANTONIO MARÍA SEGOVIA

LA PROFESIÓN DE FE POLITICA

Insistís en vuestra carta,
Graciosa señora mía,
En que de mis opiniones
Os dé explicación precisa.

Poco importa para amarnos
Que sean blancas ó tintas,
Y por eso se me antoja
La pregunta peregrina.

No os quiero yo ciudadana,
Sino mujer monda y lisa;
Queredme á mi vos por hombre,
Lo demás es bobería.

Si opinásemos acordes,
Queda inútil la pesquisa,
Y lo que es en este punto
No habrá altercados ni riñas.

Si mi opinión y la vuestra
Fuesen acaso distintas,
Maldita de Dios la cosa
Que por ello habrá perdida:

Yo os estrecharé en mis brazos,
Hermosísima enemiga,
Y comenzará en nosotros
La fusión tan descreída.

Mas, porque es el daros gusto
En mi obligación debida,
Os dejaré satisfecha
Con respuesta bien sencilla.

Yo soy liberal, y en serlo
Ningún mérito se cifra;
Que soy pobre, y mal se avienen
Pobreza y tacañería.

Liberalidad sin plata
Dirán que es cuerpo sin vida;
Cierto, pero eso no es culpa
Sino de mi suerte esquiva.

Exaltado soy, si tiernos
Esos dos ojos me miran,
Que motines y asonadas
Tienen en lugar de niñas.

¡Quién, herido de los rayos
De esas dos negras pupilas,
A no ser hecho de mármol
¡Ay Dios! no se exaltaría?

Moderado en mis deseos
Soy, pues solo se limitan
A que vos tan solamente
Seáis sola y siempre mía.

A sociedades secretas
Algo mi afición se inclina,
Si un *club* tenebroso hacemos
Entre los dos algún día.

Cuando estoy á vuestro lado
Es tan grande mi delicia,
Que estacionario me vuelvo
Porque no acabe tal dicha.

Mas cuando después os dejo,
Volviendo hacia atrás la vista,
Retrógrado mi deseo
Por lo pasado suspira.

Sólo en quereros, señora,
Con la pasión más activa,
Es mi corazón amante
Ardoroso progresista.

Si os llegareis al obispo,
Y en otro nombre os confirma,
Como él os ponga Carlota,
Yo me declaro carlista.

Por la inquisición no tengo
Las mayores simpatías,
Mas hay en mi pecho hogueras
De la fe de amor más viva.

En dominar vuestro afecto,
Aunque parezca osadía,
No entiendo de libertades,
Quiero ser absolutista,

Bien que en desquite mi alma,
Renunciando sus franquicias,
Un trono os ofrece en donde
Ejerczáis la tiranía.

Hay otras varias cuestiones,
En que España dividida,
Defendiendo el pro y el contra,
Sus disensiones atiza.

El *veto*, yo os lo concedo
Con la condición, querida,
De no usarle si os propongo
Un proyecto de caricias.

De petición el derecho
Reclamo, aunque ya es antigua
Costumbre el ser pedigüeño
Yo, cuanto vos negativa.

Si al bajar una escalera
Muchas manos os convidan,
Y vos, dejando las otras,
Con la vuestra honráis la mía,

Sostendré, por conservarme
Tan bella prerrogativa,
Que la de elección directa
Es la más sana doctrina.

En punto á contribuciones
Yo las votaré excesivas;
Pero os dispenso del diezmo
Si me guardáis las primicias.

Si el imprimir libremente
Como derecho se estima,
Permitid que en vuestros labios
Los míos su amor impriman,

Y más que luego el Jurado
En su sentencia decida
Que ha lugar á formar causa
Contra quien á tanto aspira.

Yo haré ver que es vuestra cara,
Por lo picante y lo linda,
Incitadora al desorden,
Sediciosa y subversiva.

Satisfecha habréis quedado
De explicación tan prolija;
Profesión de fe más clara
Jamás se habrá visto escrita.

Si tal vez, por sospechoso,
De extraordinarias medidas
Usáis para perseguirme,
Me permitiréis que os diga
Que el sentenciarme á destierro

Ausente de vos, sería
Lo propio que castigarme
Con la pena de la vida,

A no ser que vos quisiérais
Venir en mi compañía,
Que entonces nada me importan
Canarias ni Filipinas.

CARTA DE UN FLACO

Saber pretendes de mí,
Esposa bella y querida,
Qué tal me paso esta vida
Que paso lejos de tí.

No es fácil, á lo que entiendo,
Decir que tal vida paso
Con un vivir tan escaso
Como es el vivir muriendo.

Ni como ni duermo apenas
Pensando en la negra ausencia,
Que es vigilia y abstinencia
Que guardo á tus duras penas.

Si amor causa enflaquecer,
Bien puedes asegurar
Que nadie ha sabido amar
Como yo te sé querer.

Solo un provecho consigo
No comiendo; y es la palma
De ver que logra mi alma
De menos un enemigo.

Porque el *demonio* y el *mundo*
Podrán darme algún cuidado;
Mas la *carne* me ha dejado
En un descanso profundo.

Sin ella me ando tan serio,
Hecho esqueleto ambulante,
Como el más seco habitante
Del más viejo cementerio.

Incalculables progresos
Voy haciendo cada día
En esto de anatomía,
Á puro tentarme huesos.

Con ellos noches enteras
Paso haciendo evoluciones;
Ya marchan por escalones,
Ya desfilan por hileras.

Y en tan fiero desbarato
Hecho mi cuerpo un ovillo
Suelo encontrarme un tobillo
Allá junto á un homoplato.

Dan en jugar del vocablo
Muchos, diciendo que excedo
Por muy *agudo* á Quevedo,
Por *sutil* al mismo diablo.

INSTITUTO DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La gente al verme se asombra
Como ando al sol por la villa,
Y que en lugar de sombrilla
Con el bastón me hago sombra.

Ya conoces á Esquivel,
Pintor, que no hay en la corte,
Quien un retrato que importe
No encomiende á su pincel.

Pues éste por demostrar
Un día su industria extraña,
Quitó á una escoba la caña,
Y en ella empezó á pintar.

Y siendo yo original,
Mi retrato verdadero
Bosquejó, de cuerpo entero,
De tamaño natural.

El médico me receta
Baños fríos todo el año:
Yo le obedezco, y me baño
En un cañón de escopeta.

Pero al salir de las aguas
Tiritando, de contado
Me acuesto, bien arropado
Con la funda de un paraguas.

Dicen que me ha de llevar
El viento, y yo lo desmiento
Porque en llegando á mí el viento
Se pasa sin tropezar.

¿Te ríes de mi franqueza?
Pues más merece en verdad
Quien con tal ingenuidad
Confiesa así su flaqueza.

Detrás de estas niñerías
El hecho cierto está oculto;
Que son verdades de *bulto*
Sin embargo de ser mías.

Si doy así en consumirme,
Tal vez no vuelvas á verme,
Pues vendré á desvanecerme
Ya que no venga á morirme.

Siguiendo la antigua usanza,
Para entonces ya he mandado
Que mi cuerpo embalsamado
Entierren en una lanza.

En cuanto al descanso eterno
Del alma, vivo seguro,
Que el que es espíritu puro
Como yo, no va al infierno.

DON FERMÍN DE LA PUENTE Y APEGECHEA

LA CORONA DE FLORA

Hijas del Sol, que en el regazo hermoso
Nacéis de la risueña Primavera,
Y de Favonio al soplo cariñoso
El beso dais, amor de la pradera;
En cuyo cerco puro, luminoso,
La luz en mil colores reverbera:
Bellas, modestas, divinales flores,
En mi lira escuchad vuestros loores.

Otras el lauro de la gloria viste,
Que del tiempo voraz vence la ira;
Nada á la magia de su voz resiste
Que á dar al héroe eternidad aspira;
Ó bien de funeral ébano triste
Se oyen gemir en humeante pira,
Y la beldad que devoró la llama
Vuelven eterna al eco de la fama.

No tan alto vigor llena la mía:
Vosotras la ceñid, divinas flores;
La voz del corazón su acento guía,
Su numen la ternura y los amores.

Aura de celestial melancolía
De juventud templando los ardores,
Dar del reino de Flora la corona
Á modesta beldad solo ambiciona.

Ya vuela á ti mi indagadora vista,
Hija de mayo, pompa de Citeres;
¿Qué corazón habrá que te resista,
Rosa gentil, oh flor de los placeres?
A donde quiera que el amor exista,
Emblema dulce de sus triunfos eres;
Tiñe tu cerco sangre de una diosa,
Y del céfiro reinas dulce esposa.

Mas ¿qué á mí que el rubor tiña tu frente,
Si el soplo de las auras licencioso
Murmura entre tus hojas blandamente,
Y un beso al fin te arranca victorioso?
Punzante espina de amador ardiente
Defiende en vano el vástago precioso;
O con breve dolor, ó sin herida
Cede al fin tu beldad envanecida.

Y tú también, oh cándida azucena,
Tiendes de nieve las brillantes alas,
Y de fragancia y granos de oro llena
Desplegas noble tus altivas galas:
Yo la inocencia de tu faz serena
Amo, y el dulce bálsamo que exhalas;
Mas si el oro á tu seno se confía,
¿Qué fuego anima tu belleza fría?

Yo en tu cáliz purísimo le miro,
Clavel ardiente, que en el prado ameno
Vences la rica púrpura de Tiro,
La roja aurora en el azul sereno:

O ya la nieve con gracioso giro
Manche el color de tu rizado seno,
Alzas en el jardín tu frente hermosa,
Rival de la azucena y de la rosa.

Mas ya que no á tu flor, tu airosa rama
Ni balsámico olor tu gloria fies,
Sabes el noble fuego que te inflama,
Y de su gloria y tu poder te engries.
Del genio ostentan la brillante llama
Tus encendidas hojas carmesies;
Mas ¡ay! mintiendo adulación traidora
La afrenta tu altivez aja y desdora.

Ni vosotras, oh lilas! que la frente
Ceñís al tronco maternal altivas,
Pomposo en hoja, en ramas floreciente,
Hoy vuestro triunfo aplaudiréis festivas;
Amo aspirar el perfumado ambiente,
Cuando bañáis sus alas fugitivas;
Mas sois en cuna altísima mecidas,
No sombra á recibir, á dar nacidas.

¡Qué á mí la varia flor con que tu cima,
Amor al uso, altiva se engalana,
Si la inconstancia tu color anima,
Rival ó de la nieve, ó de la grana?
Si hay quien vuestra beldad eterna estima,
Que la ley del amor resiste ufana,
¡Oh siempre vivas! circundad su frente:
¡Nada pidáis á un corazón ardiente!

Tú le hablas, ¡ay! admiración de Flora,
¡Oh milagrosa, oh dulce sensitiva!
Toma en tí la modestia encantadora
Virgineo velo que el amor aviva:

Mas si á la noche, al aura silbadora
Niegas prudente tu hermosura esquivada,
El beso, tan sabroso diferido,
¿Por qué no premia al amador rendido?

¿Eres, di, por ventura más modesta
Que la violeta pálida, amorosa,
Cuya beldad oculta en la floresta,
Revela solo el aura bulliciosa?
Salve ¡oh divina flor! tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.

Yo te miro nacer donde resbala
Sonante arroyo entre guijuelas de oro:
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.

Y si bajo las hojas maternales
Te hallan en sabia oscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu talle sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales
Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira, y no te adora?

Crece, ¡oh tímida flor! do quiera veas
Latir de amor un corazón sensible,
Emblema dulce de su fuego seas,
Su amada como tú, bella, apacible;

Y pues de Flora el reino enseñoareas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira
Hiera también las cuerdas de mi lira.

DON ENRIQUE GIL

UNA GOTA DE ROCÍO

Gota de humilde rocío
Delicada,
Sobre las aguas del río
Columpiada;
La brisa de la mañana
Blandamente,
Como lágrima temprana
Trasparente,
Mece tu bello arrebol
Vaporoso
Entre los rayos del sol
Cariñoso.
¡Eres, di, rico diamante
De Golconda,
Que, en cabellera flotante
Dulce y blonda,
Trajo una Sífide indiana
Por la noche,
Y colgó en hoja liviana
Como un broche?

¿Eres lágrima perdida,
Que mujer
Olvidada y abatida
Vertió ayer?
¿Eres alma de algún niño,
Que murió,
Y que el materno cariño
Demandó?
¡Ó el gemido de espirante
Juventud,
Que traga pura y radiante
El ataúd?
¿Eres tímida plegaria,
Que alzó al viento
Una virgen solitaria
En un convento?
¡Ó de amarga despedida
El triste adiós,
Lazo de un alma partida
¡Ay! entre dos?
Quizá tu frágil belleza,
Quizá tus dulces colores,
Tus cambiantes y pureza,
Y tu esbelta gentileza,
Tus fantásticos albores,
Son imágenes risueñas
De contento y de ventura;
Son citas de una hermosura,
Son las tintas halagüeñas
De alguna mañana pura.
Que acaso bella te alzaste
Entre el cantar de las aves,

Y magnífica ostentaste
Tu púrpura y oro suaves,
Y con ellos te enlazaste.
Que acaso en cuna de flores
Viste la lumbre del día,
Y blando soplo de amores
Te llevó una noche umbría
En sus alas de colores.
Y en la rama suspendida
De un almendro floreciente
Oíste trova perdida,
En el perfumado ambiente
Por los ecos repetida.
Ruisenior enamorado
Cantaba encima de tí,
Y junto al tronco arrugado
Oíste un beso robado
A unos labios de rubí.
Misterios, y colores, y armonías,
Encierras en tu seno, dulce sér,
Vago reflejo de las glorias mías,
Tímida perla que naciste ayer.
Pero es tan frágil tu existencia hermosa
Y tu espléndida gala tan fugaz,
Que es un vapor tu púrpura vistosa
Que quiebra el ala de un insecto audaz.
Mañana ¿qué será de tus encantos,
De tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para tí, ni llantos,
Ni más recuerdo que mi triste amor.
Si tu vida fué un soplo de ventura,
Si reflejaste el celestial azul,

No caigas, no, sobre esta tierra impura,
Desde tu verde tronco de abedul.

Pídele al sol que con su rayo ardiente
Disipe por los aires tu vivir,
Ó á un pájaro de pluma reluciente
Que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,
Para trocar en lodo tu beldad;
Tú, más baja que espíritu del cielo,
Más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,
Cual blanco mensajero de oración,
Que sólo el verte la esperanza inflama
Y alienta al quebrantado corazón.

Quizá al pasar un ángel solitario
Te cubrirá con su ala virginal...
Si caes envolverá frío sudario
Tu forma vaporosa y celestial.

DON FERNANDO DE LA VERA E ISLA

EN LA TUMBA DE DON ENRIQUE GIL

No de altivo laurel rama frondosa
Colgaré yo con mano temeraria
Donde tu tierno corazón reposa
Bajo tumba modesta y solitaria;
Blanca azucena, y encendida rosa,
Llanto ardoroso, y sincera plegaria,
Serán los dones que mi amor te ofrece
Y que el recuerdo de tu amor merece.

Que tu existencia como el aura suave
Pasó sin ruido por el triste suelo,
Como la blanca estela de la nave,
Cual la línea que forma con su vuelo
Sobre el tendido firmamento el ave.
Así pasaste de la tierra al cielo,
Dejándola bañada en armonía;
Los ecos de tu dulce poesía.

Ni á los aplausos de guerrera gloria,
Ni al rumor de tumultos populares
Mezcló tu nombre nuestra triste historia,
Ni la ambición lo guarda en sus altares.

Pura, como tu vida, tu memoria
Quedará en tus dulcísimos cantares,
Como queda en el vaso cristalino
La rica esencia de licor divino.

Adiós, dulce poeta, tierno amigo,
Que en los helados brazos de la muerte
Hallaste al fin impenetrable abrigo
Contra los tiros de envidiosa suerte.
Si tu espíritu baja á ser testigo
Del llanto acerbo, que mi pecho vierte,
Huelle á lo menos tu querida sombra
De frescas flores olorosa alfombra.

¡Ay! esas flores, que mi amor te envía,
Regadas con el llanto de mis ojos,
Eran ayer emblema de alegría;
Hoy lo son de la muerte y los enojos.
Al esparcirlas en la tumba fría,
Que guarda para siempre tus despojos,
Imagen son á mi angustiada mente
Del bien pasado, y del dolor presente.

LA FUENTE

¿No ves esa fuente pura,
Cuya plácida corriente
Resbala desde la altura
Dulcemente?

¡Cuán alegre y bulliciosa
Ya forma cintas de plata,
Ya entre los guijos medrosa
Las desata!

Ya, con voluptuoso enlace,
Recibe en globos de perlas
Al aura, que las deshace
Por beberlas.

Ya, con ademán esquivo,
Riéndose de su pena,
Burla su abrazo lascivo
En la arena.

Y sus ondas, en reposo,
Retratan con formas suaves
El vuelo rauda y gracioso
De las aves.

Corona el césped su frente
Con el menudo guijarro,
Tan limpio, que no consiente
Paso al barro;

Porque un velo virginal
Sobre su margen florida
Tiende, aún puro, el manantial
De su vida.

No lejos del blando lecho
Donde reposa esa fuente,
Se agita el hinchado pecho
Del torrente.

Se oyen de su frente rota
En las peñas los chasquidos,
Y del viento que lo azota
Los silbidos.

¡Cuán acongojada escucha
La pobre fuente apacible
Los ecos de aquella lucha
Tan terrible!

Paréceme en tu temblor
Inocente fuentecilla,
Que te apartas con pavor
De tu orilla.
¡Ay! cuando del seco estío
Caigan las espigas rubias,
Y venga el otoño frío,
Con sus lluvias,
Y tus ondas, hoy serenas,
Sientas crecer con furor,
Esparcirse por tus venas
El vigor,
Y á un desconocido impulso
Halles tu margen estrecho
Para el palpitar convulso
De tu pecho;
Ese terrible combate,
Cuyo rumor te intimida,
Porque en tu pecho aún no late
Bien la vida,
Tú misma lo buscarás,
Y en porfiada batalla,
Por ir hasta él romperás
Cerca y valla.
Tú misma, rotos los lazos
De tu retiro inocente,
Te arrojarás en los brazos
Del torrente,
É irás con él, sin saber
Quién te empuja en tu camino,
Si será pena ó placer
Tu destino.

Tal vez la cerúlea espalda
Tiendas por verde campiña,
Y á tus sienes den guirnalda
Mies y viña;
Y, de un cielo transparente
A los limpios resplandores,
Sea el espejo tu corriente
De las flores.
Tal vez, entre zarza y breñas
Despedazado tu seno,
Se arrastre sobre las peñas
Con el cieno,
Y en vez de florida alfombra
Y de risueño horizonte,
Te apesadumbre la sombra
De algún monte.
Pero alegre, ó afligida,
Correrás, que esa es tu suerte:
Ir enlazando la vida
Con la muerte.
Si te toca padecer
No te quejes, pues natura!
De tu pena ó tu placer
No se cura.
Porque la voz misteriosa
Que en el mundo te recibe
No dijo: «Vive dichosa»:
Sino: «Vive».
Vive para algún objeto,
Que no te es dado saber,
Y se guarda en el secreto
De tu sér.

¿Puede en la ruidosa orquesta
Saber de si el instrumento
Por qué lanza un són de fiesta
O un lamento?

Tal vez es, en la armonía
Del universal conjunto,
Tu dolor ó tu alegría
Sólo un punto.

Vive y corre, ¿qué te importa?
Tu carrera ha de parar,
Triste, alegre, larga ó corta,
En el mar.

Allí, batido tu seno
Contra la barra alterada,
Dejará el grosero cieno
A la entrada:

Y si en el dolor deshecho,
Antes de hallar el reposo,
No queda en tu limpio lecho
Ningún poso,

Aquella parte más pura
De tu agitada existencia,
La que vertió en la llanura
Rica esencia,

La que dió jugo á las flores,
Y á los frutos de este suelo,
Subirá luego en vapores
Hasta el cielo.

Y el sol, que perpetuamente
Regocija el firmamento,
Le dará en cerco luciente
Su ornamento.

DON ANTONIO GARCÍA GUTIÉRREZ

LA DÁDIVA DEL POETA

Mil esperanzas que en tu amor se abrieron
Aquí guardadas en el alma están.
Dime ¿tal vez para morir nacieron?
Dime ¿infelices como yo serán?

Oh! no desdeñes por humilde el ruego
Del que vive y respira para tí,
Que no hallarás quien con tan puro fuego
Te dé un amor como el que alienta en mí.

Puede otro amante en homenaje darte
Riquezas mil y joyas de valor,
Y con rico tocado engalanarte
Con perlas orientales brillador.

Yo, pobre trovador y sin fortuna,
Un corazón de fuego te daré,
Y tu frente, modesta cual la luna,
Con joya de gran precio adornaré.

Doble corona de laurel y rosa
Arrebatando al genio creador,
Yo la pondré sobre tu frente hermosa,
Sobre tu frente pálida de amor.

LA NOCHE DE VERANO

Hermosa noche, como el alma mía
Obscura y melancólica... salud!
Tu balsámico ambiente de ambrosía
Dulcifica piadoso mi inquietud.

Ay! que del sol la llama abrasadora
Mis ojos irritados deslumbró...
Bien hayas tú que, blanda y bienhechora,
Callando duermes cuando gimo yo.

Esa serena luz basta á mis ojos:
Ese triste rumor basta á mi afán:
Silencio y sombras buscan mis enojos,
Silencio y sombras anhelando están.

Y busco, en mi ansiedad, de tu aura fría
El fantástico arrullo vibrador,
De inefable y dulcísima armonía,
Grato al placer, benéfico al dolor.

Ahora puedo llorar! De mis querellas
El eco en tu silencio morirá,
Y la tímida luz de tus estrellas
Mi llanto solamente alumbrará.

Lloremos ¡ay! como mujer inerme
De tibia luna al trémulo arrebol!
Lloremos, sí, mientras el mundo duerme,
Antes que alumbre mi vergüenza el sol.

Venid y suspirando mansamente,
Céfiros de la noche, susurrad,
Y por el vago y silencioso ambiente
Los ecos de mis quejas derramad.

Venid... pero en silencio voluptuoso,
Trémulos, sin murmullos y sin voz,
Mientras dormita el mundo perezoso
En breves sueños de ilusión veloz.

Y llevad á mi bien con mi suspiro
Estos cantares de doliente son,
Y llevadla el amor en que deliro,
Y el fuego de mi ardiente corazón.

Y, oreando su negra cabellera
Y el seno que arde en amorosa lid,
Con perezosa calma lisonjera
En su oloroso lecho os adormid.

Soplad lascivos, céfiros de amores,
Con dulce y misterioso susurrar,
Y en jardines bebed blandos olores
Perfumando el ambiente de azahar.

Hermosa noche! en tu dormir tranquila
No escuchas, ay, mi lúgubre clamor!
Despierta, oh noche, y á mi hermosa dila
Que estoy velando con mortal dolor.

Mas si los ojos de mi hermoso dueño
Tal vez dormidos en la calma están,
Haz que me mire en su apacible sueño
Víctima triste de continuo afán.

Y en ilusión de lánguido embeleso
Blanda sonría y se estremezca á par,
Y, suspirando, regalado beso
Piense en mis labios con ardor clavar.

Que acaso á la ilusión de los placeres
Suele también el corazón latir,
Y es blando el corazón de las mujeres
A esa ilusión de celestial mentir.

DON GREGORIO ROMERO Y LARRAÑAGA

EL DE LA CRUZ COLORADA

ORIENTAL

Dime tú, el rey de los moros,
El de los bellos jardines,
El de los ricos tesoros,
El de los cien paladines,
El de las torres caladas
Con sus agujas labradas,
El de alcatifas morunas,
El rey de las medias lunas,
De los reyes soberano,
El de la Alhambra dorada,
El de la hermosa Granada,
¿En dónde está mi cristiano
El de la cruz colorada?

Bellos tus moros Gomeles
Y diestros son en la zambra:
Discretos son tus donceles
Si platican en la Alhambra:
Para las justas mañeros,

Para la liza guerreros,
Para cabalgar airosos,
Enamorando amorosos,
Modelos en lo galano
Y en su apostura extremada;
Pero algo falta en Granada,
Y es mi donoso cristiano
El de la cruz colorada.

Trovas discretas de amores
Tus granadinas merecen,
Mas tienes tú trovadores
Que esas bellas engrandecen:
Entre los bailes morunos
Dispuestos como ningunos;
En los adufes sonoros,
No hay otros como esos moros,
Que es su estilo cortesano.
Pero ¡ay! que fuera Granada
Más hermosa y celebrada
Cantándola mi cristiano
El de la cruz colorada.

Empavonados arneses,
Tocas de grana, almaizares,
De plata finos paveses
Y bordados capellares,
Y marlotas con borlones,
Y tunecinos jubones,
Y en sedas paños labrados
Por turbantes y tocados,
Realzan el aire ufano
De tu juventud preciada;
Pero ¡ay! que falta en Granada

La banda de mi cristiano

El de la cruz colorada.

Aquí del Dauro y Genil
Tus bridones corredores,
Esos de estampa gentil,
Esos que son los mejores;
Me admiran esos corceles
Guiados por tus donceles,
Ó en las ramblas piafando,
Ó por las calles ruando,
Dóciles siempre á la mano.
Pero ¡ay! que falta en Granada
La airosa yegua alheñada
De mi perdido cristiano

El de la cruz colorada.

¿Cautivo está entre cerrojos?
Dime, moro, si es tu esclavo:
Si vierten lloro sus ojos,
Si merced le harás al cabo,
Si te duelen mis dolores
Y sus tempranos amores,
Si puedo pagar sus prendas!
Ay! aunque esclava me vendas,
A mi deshonor me allano;
Iré á tu harem enlutada.
No seré más desdichada
Que si pierdo mi cristiano

El de la cruz colorada.

Yo soy la flor de Sevilla,
Y en Jerez, donde nací,
Me llaman su maravilla
Y aquí en Granada la Huri.

No puedo darte, rey moro,
El alma, que es del que adoro;
Mas si en lo hermosa soy perla,
Tú, sultán, debes tenerla
Cual joya á tu fausto vano;
Como lámpara estimada
En tus serrallos colgada.
¡Ay! salve yo mi cristiano
El de la cruz colorada.

En el cerco de Antequera
Prendí ese cristiano yo;
Era su Alcaide, y él era
El que más moros mató.
En tanto que fuese vivo
Juré tenerle cautivo;
Mas tu amor templa mi saña,
Que en mujer es cosa extraña
Guarda fe quien ama en vano!
Y diera yo mi Granada
Por verte de mí prendada,
Como lo estás del cristiano
El de la cruz colorada.

Hermosa, enjuga tu lloro;
Lluvia es que empaña tu sien;
Sensible soy, aunque moro,
Y espléndido soy también.
No quiero por ser piadoso
Me ofrezcas don tan precioso:
Peleo yo con mi alfanje;
Mas consentir este canje
Fuera un tráfico villano.